

La sombra de la cultura

LEANDRO ROYO

Introducción

Entender la cultura referida como cosa cultural en tanto ésta se constriña únicamente a una dimensión de las artes en general o la incidencia de ellas a un ámbito cotidiano pareciera un modo de acotar su significado y su relevancia en nuestro mundo. Encerrar la cosa cultural dentro del ámbito histórico, determinado y evidente de ciertas expresiones y costumbres particulares, estudiarlo y definirlo en ese marco objetual es, realmente, meritorio. En estos términos, la cosa cultura es sólo un modo de acceso a esta temática que nos convoca. Homologar la cosa cultural con el ser de la cultura como un modo de ser, pareciera, al menos, simplificador. Probablemente, sea el camino más evidente.

Por eso, me permitiré iniciar este incipiente recorrido para intentar ver algunas articulaciones sobre la cultura enfocándolo de otro modo, con pretensión que sea una mirada un poco más amplia, más subrepticia, intentando adentrarme hacia aquello que determina en algún sentido la cosa cultural. A través de estos intersticios que intentaré vislumbrar –ineludibles, silenciosos e implacables- ella nos manda, nos sostiene y nos cobija bajo sus ojos. De la mirada de Rodolfo Kusch y Martín Heidegger, desarrollaré estas características de la cultura a los fines de intentar abrir el análisis a un campo intencional menos evidente.

Rodolfo Kusch: el suelo donde se habita

Veamos para ayudarnos la concepción sobre la cultura que nos propone Rodolfo Kusch. Comprender la cultura como una totalidad es su propuesta. Asimismo para Kusch, la cultura no se comprende totalmente a nivel consciente. Posee además un compuesto inconsciente, de irracionalidad. De un lado, la parte consciente es un modo de ser de la cultura y, por otro lado, la parte irracional es una resignación a un estar, al “porque sí”. Desde este elemento de resignación del estar se define el “suelo en el que obligadamente se

habita”¹. Prestemos atención al uso impersonal del pronombre “se” que mostraré más adelante en términos de Heidegger, ya que este “se”, esta irracionalidad, esta inconsciencia, es el rasgo común de decir sobre la cultura aquello que se escapa bajo lo dicho.

En este sentido, Kusch distingue como constitutivo de este “se” cultural una tercera dimensión² que intensifica el sentido de la cultura que pretendo exponer. Esta tercera dimensión consiste en la absorción del significado de la obra que la comunidad adopta a propósito de su propia indigencia para habitar el mundo. La comunidad desnuda y carente de significado se enviste de él, de lo que cree relevante a modo de cobertor. Significa, justamente, establecer un estar. Hay una necesidad de cubrirse frente a la indigencia y, frente a tremendo desamparo, no importa un quién que nos provea de ello, por eso el carácter impersonal del “se”.

Ahora bien, Kusch focaliza su argumentación sobre estas caracterizaciones y las desarrolla tomando como referencia una perspectiva del arte, precisamente como juego colectivo y no sólo la relación artista-obra. Pero, aún con la distinción acertada de esta tercera dimensión, Kusch pareciera definir este rasgo inconsciente, este suelo, tomando como pivote la perspectiva de la obra de arte, con la interesantísima salvedad de que la apropiación del significado de la obra implica una pérdida de la individualidad biográfica por parte del autor. Parece un intento de ampliar el margen fenoménico de lo cultural desde lo cultural resemantizando al verdadero creador como gestor cultural que afecta a todos. Por lo menos, dentro de este incipiente análisis pareciera no adentrarse en el resto de los rasgos subliminales de la cultura. A su vez, el modo de ser de la cultura no se reduce a la institucionalización del modelo cultural, sino que está atravesado por estos resortes irracionales constituyendo un universo simbólico del suelo en el que habito. Por eso, preferiría ver algunas instancias alejadas del arte como formador de cultura que nos permitan acercarnos quizás un poco más a estos sentidos más irracionales, más inconscientes, más del rasgo impersonal del

¹ Kusch, Rodolfo. *Geocultura del Hombre Americano*. Fernando García Cambeiro. Buenos Aires, 1976. p. 115.

² Esta tercera dimensión surge a partir de una digresión de la descripción de otras dos dimensiones en el fenómeno literario: la obra y el artista.

pronombre “se”. Tal vez, desde un punto de vista heideggeriano pueda expresar mejor mi intención al respecto.

Heidegger: Nadie es un dictador

Una aproximación desde Heidegger para entender y adentrarse mejor en este rasgo irracional e inconsciente, podría ser su concepción del uno. Veamos cómo caracteriza este uno, dentro de qué tratamiento del Dasein se contextualiza y si puede ayudar al propósito de esta charla.

Uno de los primeros indicios que podríamos tomar como ciertos en nuestro recorrido es el hecho de que este rasgo del Dasein surge de su caracterización en la cotidianidad. Voy a mencionar brevemente el recorrido de los conceptos que Heidegger trabaja en esa caracterización para ver de qué manera llega a definir el uno. Este rasgo de cotidianidad del Dasein contiene dos elementos característicos: el coestar y la coexistencia del Dasein. En la introducción del estudio de la cotidianidad del Dasein, Heidegger ya nos adelanta algo: “esta explicación (*del coestar y la coexistencia*) hace visible eso que podemos llamar el “sujeto” de la cotidianidad: el “se” o el “uno” [*das Man*]”³. Ahora bien, veamos los conceptos de coestar y coexistir para llegar luego a la caracterización de este “uno”.

El coestar implica el estar en el mundo del Dasein con otros, pero este coestar a diferencia del coexistir es una parte de la estructura existencial del Dasein. La coexistencia, en términos del propio Heidegger, es el ser-en-sí intramundano de cada uno de estos otros; para ser más sucinto, de que haya otros Dasein intramundanos alrededor de cualquier Dasein. No tiene que ver con la relación entre el Dasein y los otros, ya que esto referirá al coestar por su rasgo existencial. Podemos entender que el término que tendrá mayor relevancia para la inquietud que presento –puntualmente, el carácter de lo “uno”- será el coestar, ya que Heidegger en un pasaje nos dice que “el coestar determina existencialmente al Dasein incluso cuando no hay otro que esté fácticamente ahí y que sea percibido”⁴.

³ Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*. Trotta, Madrid, 2009. &25.

⁴ *Ibidem*, &26.

¿De qué manera este vínculo del Dasein con los otros viene a ser relevante? Sigo gradualmente. En este coexistir, surge otro concepto que es el de cuidado⁵ (*Fürsorge*) –el cual obvio detallar a los fines de este trabajo–, del cual surge la característica de la distancialidad entre el Dasein y los otros. Ahora bien, lo importante es que esta distancialidad provoca en el Dasein una dependencia, una sujeción al dominio de los otros en su coestar existencial. Pero Heidegger nos aclara que estos otros son indeterminados, no están particularizados en este o aquel otro. Tal vez este carácter de indeterminación genere su dominio sobre el Dasein y, a la vez, pase inadvertido. En conclusión: estos son el quién impersonal, el “se”, el uno [*Das Man*].

Aquí es donde el suelo categorizado por Kusch pareciera alzarse poderoso. Heidegger nos dice que en el mundo circundante público el uno nos somete: “gozamos y nos divertimos como se goza; leemos, vemos y juzgamos sobre literatura y arte como se ve y se juzga; pero también nos apartamos del “montón” como se debe hacer; encontramos “irritante” lo que se debe encontrar irritante.”⁶ Seguido, Heidegger sentencia: “El uno, que no es nadie determinado y que son todos (pero no como la suma de ellos), prescribe el modo de ser de la cotidianidad.” Vemos cómo el uso del se vuelve y conforma este sentido “obligadamente” de suelo kuscheano, de este modo de ser fundante de la cotidianidad.

Ahora bien, este uno tiene ciertas características que lo acercan a “estar en el suelo que obligadamente se habita”. Heidegger caracteriza al uno como lo que se escabulle por todas partes, en todas las áreas donde sea necesario decidir, pero, a la vez y por esta forma intersticial e impersonal de incidir, el uno aliviana la responsabilidad del Dasein en su cotidianidad. Pero reitero que el uno no es un otro determinado. Por eso en esta cotidianidad, la mayor parte de las cosas –este suelo donde se está– son hechas por alguien que, en rigor, es un nadie. Enuncia cómo en este modo de

⁵ Preferiré no detallar la caracterización del uno en tanto cuidado, distancialidad, medianía y nivelación, ya que son características propias del estudio de “Ser y Tiempo”. Prefiero atenerme a los fines de esta exposición a las consecuencias existenciales que el uno provoca en el Dasein y su caracterización impropia.

⁶ Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*. Trotta, Madrid, 2009. &27

ser del Dasein quien es “siempre ha sido el uno y, sin embargo, se puede decir que no ha sido nadie.”

Otro rasgo es más llamativo. En esta liviandad que el Dasein relega respecto de su responsabilidad, el uno satisface asimismo los requerimientos del Dasein y, por esto, mantiene su influencia. Hay una retroalimentación en lo cotidiano. En un sentido, el suelo es el sustrato desde el cual el estar posibilita el modo de ser de la cultura. El modo de ser cultural –cambio así el registro desde donde estaba hablando- surge apoyado sobre el suelo desde el cual se habita y desde el cual se da la búsqueda de significado. El suelo, resulta pertinente decirlo, se conforma sustrato. Para Heidegger, conforma la inmediata estabilidad del Dasein. La diferencia con Kusch es que esta estabilidad que muestra Heidegger no consiste en un continuo estar-ahí (en sentido de Kusch, el suelo), sino que es un modo de ser del Dasein en el sentido existencial de su coestar.

Encima, esta caracterización tiene una vuelta más. Existe otro nivel: el uno-mismo. El sí-mismo del Dasein cotidiano es el uno-mismo [*Man selbst*] en el sentido de que el Dasein es “los otros a la manera del uno”. Cierra el círculo de la retroalimentación. Aquí pareciera que el entretrejo de la coexistencia –este estar del Dasein entre otros- y el sentido existencial de su coestar en sí mismo se vuelve más significativo. Si el uno es nadie para el Dasein, el Dasein, a su vez y en términos del sí-mismo cotidiano, es nadie para los otros. Existencialmente, se provee de sentido escabullido para los otros, casi del modo de llegar a ser el gestor cultural de estos otros. En este aspecto, Heidegger dice que el Dasein es el uno y, por lo general, se queda en eso. Digamos en su cotidianidad.

Reflexiones preliminares a modo de cierre

Me remití a los conceptos de Kusch para mostrar la apertura de una visión de la cultura que deja entrever una grieta en un carácter de ella mucho más difuso y volátil. Desasir la cultura de su vínculo tal vez más objetivo con el arte y sus consecuencias en la comunidad, podría implicar una apertura mayor que permita entender cuáles son los resortes y la incidencia de la forma más segura de operar en nosotros: la forma invisible del modo de ser de la cultura.

Heidegger nos propuso en el modo de ser de la cotidianidad del Dasein una manera de entrar en esa volatilidad de lo indeterminado del uno. Las caracterizaciones a través de las cuales llega a caracterizar esta indeterminación que apenas he mencionado -en lo conciso de este trabajo con sintético descuido- nos muestra la diversidad de variables y conceptos a tener en cuenta para entender la problemática y, en consecuencia, su propia complejidad. Desde ya, no fue la intención de este trabajo desenmarañar semejante telaraña, pero enumerar dichos conceptos creo que han servido para pararnos en la antesala de la dificultad filosófica del problema subliminal de la cultura.

Creo que es muy difícil determinar algo que se escapa de la determinación. El “se” es pronombre impersonal. No hay persona a la cual se le pueda adjudicar. El uno es indeterminado, es nadie y es todos, somos también nosotros; incluso cuando no esté fácticamente allí, pasa inadvertido. El uno dictamina, prescribe. El suelo pareciera endeble pero se sostiene en la diluida responsabilidad del Dasein y en la satisfacción a su requerir.

El arte puede objetivarse. Posible es como vía de acceso. Ahora bien, ¿qué define a su vez el arte que marca la cultura? Nacemos a la cultura, existimos culturalmente, obedecemos a ella, nos peleamos con ella sin ver de dónde ni de quién debiéramos defendernos, nos aquietamos y sometemos, nos sacudimos e intentamos desasirnos de nadie. Giramos, intentamos ver haciendo trampa y, al final, hay nadie enfrente nuestro y nosotros mismos frente a los otros. Sea ésa una manera de no llegar a entenderla.

Termino leyendo la nota número trece del texto “La época de la imagen del mundo” de Heidegger que me parece pertinente: “La opinión pedestre ve en la sombra simplemente la ausencia de luz, si no su negación. Pero, en realidad, la sombra es el testimonio revelado, aunque impenetrable, del lucir oculto. Según este concepto de sombra, aprehendemos lo incalculable como aquello que, sustraído a la representación, está empero patente en lo existente anuncia el ser oculto.”

Bibliografía

Kusch, Rodolfo. *Geocultura del Hombre Americano*. Fernando García Cambeiro. Buenos Aires, 1976.

Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*. Trotta, Madrid, 2009

Heidegger, Martin. La época de la imagen del mundo en *Caminos del bosque*. Alianza, Madrid, 1996.